

**Ensayo sobre el principio de
la población**

Libros III-IV

Thomas Malthus

Ediciones LAVP

www.luisvillamarin.com

Ensayo sobre el principio de la población

Colección Economía y Geopolítica N° 2

Thomas Malthus

Primera edición 1796

Prólogo en español de 1826

Reimpresión enero de 2021

© Ediciones LAVP

www.luisvillamarin.com

Todos los derechos reservados, Ninguna persona natural o jurídica, podrá reproducir con fines comerciales parte o toda esta obra, por ningún medio, sin la autorización respectiva del editor. Hecho el depósito de ley.

INDICE

Libro III.	6
Capítulo I. - Sistemas de igualdad. Wallace, Condorcet.	6
Capítulo II. Sistema de igualdad. Godwin	18
Capítulo III. Sistemas de igualdad Owen	31
Capítulo IV. De la emigración	38
Capítulo V. Leyes sobre los pobres	47
Capítulo VI. Del sistema agrícola	53
Capítulo VII. Del sistema comercial	64
Capítulo VIII. Combinación de ambos sistemas	73
Capítulo IX. Leyes de cereales. Primas a la exportación	87
Capítulo X. Leyes de cereales. Trabas a la importación	97
Capítulo XI De qué modo influye la riqueza en la suerte del pobre	108
Capítulo XII. Observaciones generales	120
Libro IV	124
Capítulo I. De la repugnancia moral	124
Capítulo II. Único medio para mejorar la suerte del pobre	130
Capítulo III. Examen de algunas objeciones	136
Capítulo IV. Consecuencias de un sistema contrario al nuestro	140
Capítulo V. Como influye la pobreza en la libertad civil	144
Capítulo VI. Como influye la pobreza en la libertad civil II	151
Capítulo VII. Plan para abolir las leyes sobre los pobres	154
Capítulo VIII. Opiniones erróneas sobre la población	160
Capítulo IX. Dirección de nuestra caridad	166
Capítulo X. Planes para mejorar la suerte de los pobres	174
Capítulo XI. Principios generales en la materia	185
Capítulo XII. Esperanzas de una mejora en el estado social	189

Libro III

De los diferentes sistemas o medios que han sido propuestos o se han hecho célebres en la sociedad, y que influyen en los males producidos por el principio de la población.

Capítulo I.

Sistemas de igualdad: Wallace-Condorcet.

Habiendo considerado el estado pasado y presente del género humano bajo un punto de vista conveniente a nuestro asunto, no puede menos de sorprendernos que los escritores que han tratado de la perfectibilidad del hombre o del estado social, y que han tomado en cuenta la fuerza del principio de la población, solo hayan prestado a sus efectos una ligera atención y convenido en considerar como muy lejanos los males que puede producir.

Al mismo M. Wallace que cree suficiente para destruir su sistema de igualdad el argumento deducido de estos males, opina que únicamente tendría esto lugar cuando toda la tierra estuviese cultivada como un jardín, y fuese por lo tanto imposible añadir algo a sus productos.

Si tal fuera el estado de las cosas y si por otras razones se pudiera realizar un buen sistema de igualdad, me parece que la perspectiva de una dificultad tan lejana, no debe resfriar nuestro celo en la ejecución de un plan ventajoso, pues se podría sin temeridad, confiar a los cuidados de la Providencia el remedio de unos males que tan lejos están aún de nosotros.

Pero el hecho es, si es cierto lo que anteriormente hemos dicho, que el peligro de que tratamos, no está tan apartado, sino que

al contrario está cercano y es eminente. En cualquier época, mientras que el cultivo hace o hará progresos desde el momento presente hasta el tiempo en que la tierra se convierta en un vasto jardín, si está establecida la igualdad, la falta de alimento no dejará a de sentirse entre los hombres.

En vano cada año aumentarán los productos: la población crecerá en una progresión mucho más rápida, y será necesario que este exceso se reprima por la acción constante o periódica, de la repugnancia moral, el vicio o la miseria.

La obra de Condorcet, titulada Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano, la escribió en la proscripción donde concluyó sus días. Si este escritor no estuvo animado de la esperanza de ver su obra conocida y publicada durante su vida, sino se lisonjaba interesar por ella a Francia en su favor, es un ejemplo bien notable del apego que puede tener un hombre a principios desmentidos diariamente por la experiencia, y de los que el mismo es víctima.

Esta obra póstuma solo es el plan de otra más grande que deseaba el autor que se emprendiera. Sin embargo, aunque no esté deslindada enteramente su teoría, con pocas observaciones puede manifestarse su falsedad.

En la última parte de su obra trata Condorcet de los progresos futuros del hombre hacia la perfección y dice, que comparando en las diferentes naciones civilizadas de Europa la población con la extensión de su territorio; y considerando en ellas su cultura y su industria, la división del trabajo y los medios de subsistencia se

asegura que será imposible conservar estos mismos medios de subsistencia y por consiguiente la misma población sin un gran número de individuos que solo tengan su industria para atender a sus necesidades.

Reconoce, pues, la necesidad de esta clase de hombres y luego considerando cuán precaria es su suerte, dice con razón, existe, pues, una causa necesaria de desigualdad, de dependencia y aún de miseria, que sin cesar amenaza a la clase más numerosa y más activa de las sociedades.

La dificultad es cierta y está bien presentada; más la manera con que la resuelve el autor, creo parecer a poco satisfactoria.

Aplicando a este caso los cálculos sobre la probabilidad de vida y sobre el interés del dinero, propone establecer un fondo que asegure a los viejos una asistencia dimanada en parte de sus propios ahorros, y en parte de los que han suministrado los individuos muertos antes de haber podido recoger el fruto de sus sacrificios.

El mismo fondo u otro análogo se destinará a la asistencia de las viudas y de los huérfanos: y a suministrar un capital a estos últimos, cuando estén en edad de establecer una nueva familia, de suerte que los ponga en estado de desarrollar sus talentos y de ejercitar su industria. Estos establecimientos, dice, deben estar constituidos y bajo la protección de la sociedad. aún va más lejos, y sostiene que por una justa aplicación de los cálculos conocidos, se podría encontrar el medio de mantener una igualdad más completa, haciendo de manera que el crédito no fuese un privilegio exclusivo de la fortuna, dándole sin embargo, una base igualmente sóli-

da y haciendo los progresos de la industria y de la actividad del comercio menos dependientes de los grandes capitalistas.

Mucho se puede esperar de tales establecimientos y de tales cálculos si se consideran en abstracto, pero aplicados a la vida real se convierten en vanos y pueriles. Condorcet conviene en que es indispensable que en todo estado haya algunos hombres que solo vivan de su trabajo: ¿qué razón le persuade y obliga a esta confesión? Una sola puede imaginarse.

Conocía que para proporcionar sus medios de vivir a una población numerosa era menester una cantidad de trabajo que nada podía obligar a emprender sino el aguijón de la necesidad. más si establecimientos de la clase que propone quitan este aguijón, si los perezosos y negligentes gozan del mismo crédito y de la misma seguridad relativamente al sustento de sus familias que los hombres laboriosos y vigilantes ¿se debe esperar ver a cada individuo desplegar para la mejora de su situación aquella infatigable actividad que es el resorte principal de la prosperidad de los estados?

Si se trata de establecer un tribunal de información para el examen de los derechos que haga valer cada individuo y decidir si ha hecho o no todos los esfuerzos para vivir de su trabajo a fin de concederle o negarle por consiguiente las existencias pedidas, esto sería casi admitir bajo una nueva y más extensa forma el sistema de las leyes inglesas sobre los pobres y hollar con los pies los verdaderos principios de la libertad y de la igualdad. Mas independientemente de esta grande objeción contra el establecimiento

propuesto, y suponiendo por un momento que no perjudiquen a la producción, quedaría aún por resolver la principal dificultad.

Si todo hombre tuviera seguridad de encontrar con que mantener convenientemente una familia, bien pronto casi todos los hombres fundarían una, y si la generación naciente estuviese al abrigo de los males que engendra la miseria, la población crecería con una rapidez sin ejemplo.

No dejó de conocerlo Condorcet, porque he aquí como se explica después de haber hablado de algunas otras mejoras. *«Pero en este progreso de industria y bienestar, del que resulta una proporción muy favorable, entre las facultades del hombre y sus necesidades, cada generación, ya por sus progresos, ya por la conservación de una industria anterior, está llamada a goces aún más extensos; y fuera de esto, por la tendencia de la constitución física de la especie humana a un acrecentamiento del número de individuos, ¿no podrá llegar entonces un término en donde estas leyes tan necesarias vengan a contrariarse?»*

¿dónde el aumento del número de hombres, excediendo al de sus medios de subsistencia, produzca necesariamente si no una disminución continua del bienestar y de la población una marcha verdaderamente retrógrada, o al menos una especie de oscilación entre el bien y el mal? ¿Esta mutación en las sociedades que han llegado a este término, no ser a siempre en algunos periodos una causa subsistente de miseria? ¿No señalar a el límite donde toda mejora es imposible y a la perfectibilidad de la especie humana, el término a que puede llegar en la inmensidad de los siglos sin poder nunca traspasarle?»

Después añade: *«nadie duda que este tiempo está aún muy distante de nosotros; pero algún día hemos de llegar a él: es igualmente imposible decidirse en pro o en contra de la realización futura de un*